CAPITULO VII.

Despues que el tiempo llevó á cabo todas estas cosas, la religion se elevó mas á Dios cargada del pefume de las mieses. El hombre civilizado de la tercera civilizacion habia labrado la tierra y sembrado el trigo. Habia concluido su jornada. Se retiraba del trabajo, y sobre la huella aun reciente de sus pasos, otro trabajador invisible venia, continuando su obra y sacando lentamente la semilla de la oscuridad del surco, para resucitarla al sol bajo una corona de floridos penachos. El hombre vió entónces en la naturaleza una potencia amiga. Se unió á ella por la solidaridad de una colaboracion misteriosa.

Desde aquel dia, ademas de la religion del terror, tuvo la de la confianza. Abandonó á la tierra sus economías, con esperanza de recibirlas multiplicadas de manos del celeste trabajador, y para pagarle su parte de trabajo, le presentó, no ya los miembros del holocausto, sino las primicias de las mieses. Y al llegar la hora del sacrificio, la *canéfora* (1) con la frente erguida y el cinturon flotante, llevaba en su cesta la flor de la harina, miéntras que detras de ella el sacrificador arrastraba, como por tradicion, la víctima coronada de banderolas.

La idea hasta entonces pasajera y desconocida de Dios en el alma del patriarca, traida y llevada por un viento tempestuoso ó un rayo de una estrella, adquirió cierta *periodicidad*, cierta regularidad. Desde el dia de la siembra hasta el de la siega, el hombre aprendió á contar con el economista divino que vertia sobre la espiga, la lluvia y el sol. Tenia demasiada necesidad de la presencia de Dios en sus campos, para no tener á ese Dios presente parte del año. Por eso hizo del otoño y del verano las dos grandes fiestas de la naturaleza. Declaró sagrado el trigo. Le puso bajo la proteccion del Dios de bondad.

El sublime iniciado del progreso creia por vez primera en el concurso de la Providencia desde su salida del eden; y para solicitar este concurso creó la oracion.

(1). Palabra compuesta de las dos griegas *canes*, cesta, y del verbo *fero*, llevar; significa las doncellas que en las fiestas antiguas llevaban en cestas los objetos destinados al sacrificio.—(*Nota del traductor*.)

Habló desde el fondo de su debilidad al Padre misericordioso que columbraba vagamente en su pensamiento. Subió en sueños la escala de Jacob. Contempló la faz del Eterno. La imágen no volverá á desaparecer de su vista. La realizará en símbolos groseros. Pero desde la ascension de su alma al cielo es verdaderamente religioso; ha establecido entre la tierra y Dios la correspondencia sagrada de la oracion.

Ahora tiene un testigo de su vida, un ayudante en su trabajo que posee los dias y las fuerzas, y que estendiendo su dedo sobre los gérmenes de la tierra, les comunica á voluntad la sávia ó la sequía. Y contemplándose á sí mismo, empieza á presentir que Dios tiene sobre el hombre el mismo poder que sobre la espiga; que él dá ó quita la existencia, y que si saca del surco el trigo multiplicado en vida, puede tambien sacar de la tumba al hombre multiplicado en duracion. Empieza á entrever un rayo confuso de la inmortalidad.

La vida, santificada por este pensamiento, esparció en torno suyo su santidad. El hombre conoció el valor de la sangre del hombre. Antes, en los frecuentes encuentros del período cazador ó del período pastoril, el vencedor esterminaba al vencido. Pero desde que el Adan eterno, eternamente encaminado por Dios á la tierra prometida, halló un campo ocupado en la agricultura, respetó la vida del prisionero para trasformar en producto su fuerza muscular. Y con la suma de vida que trajo al vencedor el vencido compró la suya. Escapó de la muerte por la esclavitud.

Fué esclavo. Respetemos el dia en que este reo de

muerte indultado por el arado, pasó con el pié herrado y la frente baja el dintel de la casa. Tomó desde entonces de hombros de la mujer la parte más pesada del trabajo.

La mujer, libre ya, no tuvo en el hogar más que la poesía de este trabajo. Entró en posesion de su alma y de su belleza. Tuvo tiempo para el arte y para adornarse. Aumentó en gracia y en dignidad. Inspiró con más encantos más amor. El marido la compra todavía, pero al dia siguiente de la boda cree deber pagarle la deuda de la felicidad. Coloca á la cabecera del lecho el *morganat*, dote de la mañana. Este censo del corazon tendrá sobre el destino de la mujer, la misma influencia que el peculio sobre la emancipacion del esclavo.

El dote de la mañana es la iniciacion de la mujer á la propiedad; de este yo visible al yo interior de la personalidad. La madre de familia está todavia moralmente marcada con la pérdida de ciertos derechos; es la sierva desechada por el marido y aun por el hijo de sus entrañas. La mujer debe siempre obediencia, decian los antiguos. Su marido la niega su afecto, la llama, la abandona y la repudia á su capricho. Debe sufrir silenciosa y resignada todas las vicisitudes y todas las injusticias de su destino. Aun fuera de la humanidad es un bruto gracioso, en un grado más superior que el rebaño, una carne como él destinada á satisfacer el hambre de la voluptuosidad.

La mujer casta entre todas las mujeres, la heroina de la Odisea, no escapa á la injuria de la degradacion. Cuando reune modestamente un consejo en el palacio

de Ulises, que llena con su virtud, vuelve á tu rueca, le dice duramente su hijo. El hombre solo puede hablar, la mujer debe guardar silencio. Y en el momento en que Penelope, inclinada dia y noche sobre su tela, practica con lágrimas este símbolo de la fidelidad, que ha hecho de su nombre el ideal de la constancia, el rey de los reyes da á Ulises este consejo: entra misteriosamente en tu patria; no confies tu secreto á tu mujer.

La mujer es efectivamente desde el primer dia de la leyenda, la tentacion del hombre, sus malos pensamientos, la iniquidad viva de la creacion, destituida para siempre de virtud. Manú le ha dado, decia el Oriente, el amor de su lecho, de au asiento y de sus adornos, la perversidad, el engaño y la volubildad.

Pero desde que el hombre colocó la piedra sobre la piedra y desplegó sobre su cuerpo una armadura, para resistir el choque del viento y de la lluvia del cielo, y aumentó, como nueva estension de su sér, la masa adquirida de sus riquezas, de sus descubrimientos é industria, elevó al mismo tiempo que la suya la vida de su compañera.

De pié ó echado, segun la luz, hacia ántes de su existencia la pantomima involuntaria del sol. Seguia su movimiento como la aguja sigue el reloj. Las primeras sombras de la noche le cerraban imperiosamente los párpados. Pero al esprimir la aceituna bajo sus dedos conoció el secreto de la luz. El sol puede ya bajar del horizonte llevándose consigo la actividad de las razas animadas; el hombre ha conservado en una

gota de aceite un rayo fugitivo del poniente para colocarle en el barro y colgarle en las paredes de su casa.

Antes, cuando el viento helado soplaba, buscaba bajo la ceniza del vivac un poco de calor, y envuelto en su manto luchaba en silencio contra la atmósfera. Pero un dia halló el medio de fijar la chispa errante á su hogar, y ahora, sentado despues del crepúsculo y de la cena, á la luz de su lámpara y al estremecimiento de la llama, prolonga el dia en larga velada. Empieza á comprender la voluptuosidad moral y la dulzura escondida de la intimidad.

El calor y la luz brillan y penetran en el fondo de su corazon en ternura y simpatía, vive mas tiempo, mas complaciente, al lado de esa alma de gracia que le habla de sonrisa. Siente y conoce por su amor que su desposada es algo más que una esclava de voluptuosidad. Le agrada oir esa voz musical que despierta en su pensamiento otras voces desconocidas. Y á veces, á la luz inquieta de la humilde y vacilante estrella de su hogar, al menor soplo exterior del viento, cree ver brillar sobre esta frente aun marcada por la esclavitud, la aureola de una nueva belleza.

La lleva cubierta de un velo á su casa para demostrar á los que pasan, que, cosa perpetuamente poseida, la mujer no posee ni aun la seduccion divina de sus miradas, y que bajo los pliegues del lino oculta una felicidad discreta, reservada solo á un dueño entre tantos vivos. El velo es un signo de progreso. Prueba en la mujer un encanto. El encanto es el primer precio de su rescate. La mujer toma, pues, con una esperanza más, posesion de su nuevo destino. Pisa el

hogar con pié mas ligero. Vierte la leche humeante del rebaño en la pasta del trigo. Amasa con sus dedos la masa sagrada que contiene en su esencia dos civilizaciones. Extiende sobre el ladrillo y cuece sobre la ceniza pan sin levadura.

El marido la coge por la mano y la presenta á los dioses de su hogar, la asocia á los ritos íntimos de su religion; rompe con ella el pan sagrado, reparte el trigo salvador que alimenta á la humanidad, le pasa la copa del vino, aun húmeda del beso de sus lábios, y la mujer, con los ojos bajos, el corazon enternecido, bendice interiormente el pan redentor que le ha rescatado en parte de la esclavitud. Así acaba la tercera jornada de la civilizacion.

La agricultura habia franqueado la inteligencia del hombre, permitiéndole traducir en ideas sus economías de tiempo y subsistencia. Pero el trigo trillado en la era, era todavía un manjar muerto sometido á infinitas vicisitudes. El cultivo no tenia mas que instrumentos toscos que pedian para cada producto, más dias, más sudores. Trabajador difuso, el hombre era el comunismo vivo de los trabajos. Debia á un mismo tiempo sembrar el campo, edificar la casa, fundir el hierro, tornear la madera, modelar el barro, tejer la tela. El tiempo le faltaba para poner en obra á toda la naturaleza. Su vida, esparcida por tantas partes, no podia dar más que una hora severamente marcada á la tierra. Con mas esfuerzos recogia ménos espigas.

La cosecha faltaba á menudo. Un soplo de tempestad se llevaba en una hora el pan de un año. Cada tribu se acampaba en donde la agricultura la sorprendia; cultivaba su escaso horizonte, ignoraba el camino que guía los pasos del hombre de region en region, y no podia por consiguiente tramar ningun cambio exterior, ni reemplazar la falta de un producto con la superabundancia de otro. El hambre visitaba con regularidad al agricultor en medio de su nueva riqueza. El último mes no habia un pedazo de pan para la mesa de la familia. Esta abstinencia absoluta de varias semanas consecutivas, hubiera matado al hombre si la prevision antigua no la hubiera repartido de distancia en distancia para todo el año. De aquí la institucion del ayuno, que no era mas que el ahorro puesto, en esta falta de alimentos, bajo la proteccion de la Divinidad.

Dios comprendió la miseria del hombre y levantó de nuevo la espada de fuego del paraiso. Y de repente del Septentrion y del Mediodia, del Levante y del Poniente, una nube espesa de polvo subió en el aire como impelida por un viento de ira. Una sombra mortífera rodeó á la tribu. La mies, que se sonreia, desplegaba sus alas de oro al sol. El segador, alegre con la promesa de la tierra, afilaba su hoz. La sombra siniestra de la nube marchaba sobre la tribu. De repente un grito salvaje salió del fondo del torbellino que ocupaba algun misterio. El eco de la montaña se extremeció. El hombre del campo, inquieto y en el suelo, aplicando el oido sobre la tierra creyó oir vibrar un ruido siniestro de pasos.

Un momento despues el hierro brillaba y la llama brotaba en ardientes espirales del techo de las casas. La tribu atacada comprendia su derrota al mismo

tiempo que la invasion, por el resplandor del incendio. El anciano estaba degollado á la puerta de la casa que habia edificado en dia de fuerza bajo el pié de tres generaciones; el niño, arrancado de la cuna estaba estrellado contra la pared; la madre pasaba sobre su cadáver arrastrada del cabello, y á su lado el marido marchaba con las manos atadas á la espalda para ser esclavo.

Cuando la tribu vencedora habia barrido la civilizacion agrícola esparcida por la llanura, cortó la mies que no habia sembrado, vació el granero que no habia llenado, y empujando ante sí un doble rebaño de hombres y bueyes tomó, cargada de botin, el camino de la campiña.

Y cuando habia desaparecido detrás de la colina, no quedaba sobre sus huellas, de esta tierra limpia, humanizada, ó si quereis, incorporada por el trabajo á la humanidad, mas que la paja encendida de la mies y dispersa por el viento, y de vez en cuando un trozo de pared aun derecho y ennegrecido por el humo. El campo abandonado se convertia en desierto. La zarza ocupaba el lugar del hombre en el surco. La paloma aislada volvia á la soledad. Y por la noche el perro aullaba sobre los escombros, y llamaba á su amo en medio de las tinieblas. ¿De qué le servia al hombre haber vencido á la naturaleza, si hallaba á su lado en el hombre mismo un enemigo mas implacable que la naturaleza? Esta reflexion dolorosa turbó desde el primer dia la inteligencia de la humanidad. Job levantó al cielo sus dolientes quejas.

La cosecha y el goce de este trabajo suscitaron la

guerra ó el goce del trabajo ageno. La tierra sembrada por una tribu, escitó la avaricia de las demás. Un ejército de ladrones vagó continuamente alrededor de la mies. La guerra llamó á la guerra. La civilizacion agrícola se hizo guerrera para rechazar el ataque contínuo que rodeaba su arado. Alistó en sus filas á un compañero de combate, de corazon generoso y olvidado entre los animales. El caballo vino á tomar parte en la gloria al lado del hombre en el mismo peligro. Su forma elegante y armoniosamente equilibrada lleva en sí la fuerza y la velocidad. Su cabeza altiva, ambiciosa, mira dominando el espacio. Su piel irritable y suelta, reluciente como una armadura, se estremece á la menor vibracion. Sus crines flotan sobre su frente, penacho vivo que levanta el soplo de la guerra. Su nariz respira lucha por un relincho agudo que parece repetir el grito del clarin. Su pié, más rápido que el *simoun*, devora la distancia con el ruido precipitado de la flecha que cae á golpes repetidos sobre la coraza. Nacido para la vida aventurera, toma con el contacto del campamento el alma del guerrero, y tiene á la vez su arrojo y su prudencia. Sus orejas movibles y siempre derechas, notan en el aire la próxima llegada del enemigo oculto.

Se asocia á las querellas del hombre con la misma pasion que si tuviera un interes secreto en la humanidad. Ama á su dueño con esa afeccion profunda contraida en los peligros. Le es dócil y se sacrifica á él por nobleza, por simpatía. Lleva hasta él su pensamiento indeciso, sepultado en la noche del instinto. Quiere comprenderle. Le comprende. Sobrepuja, edu-

cado por él, la humildad intelectual de su naturaleza. Muere, en fin, por él con sublime entusiasmo. Arrojado en medio de la batalla, con toda la exaltacion de su intrepidez en cada músculo, rechaza con su pecho el choque de las espaldas. Y cuando cae herido, al lado de su amo herido ántes que él, se olvida de la sangre que brota á torrentes de sus entrañas, levanta la cabeza para mirar por última vez á su lado ese cuerpo amigo víctima del destino, y si ha comprendido que la muerte, esta idea comprensible para todos los animales, ha herido á su compañero de gloria, con su inmovilidad, deja caer su cabeza sobre la yerba húmeda por el rocío del combate, y una lágrima brota de sus ojos moribundos, y muere á su vez silencioso.

Con la adquisicion del caballo, el hombre halló su complemento. Apareció el centauro. La chispa de la guerra brotó de sus cascos. La época heróica empezó. La tierra no fué de colina á colina mas que una batalla.

Para resistir á esta amenaza continua de destruccion que se mecia sobre su suelo, las razas agrícolas hicieron alianza en razon del parentesco. Agruparon sus casas y las rodearon de murallas. Escogieron el sitio más escarpado para levantar las trincheras de la ciudad. Asentaron sobre las rocas la ciudadela primitiva. Y así como la familia asociada formó la tribu, la tribu asociada formó la ciudad.

La ciudad es la federacion de diversas tribus unidas entre sí para defenderse, y despues, con el tiempo violentamente asimiladas para conquistar, que han ganado en el campamento comun, detrás de la muralla

de fortificacion, su derecho, su dios, su nombre, su idioma. Así trasplantadas y colocadas sobre el mismo espacio, obran unas sobre otras, y de la fermentacion de la combinacion de sus diversas costumbres y disposiciones, producen la civilizacion más vital y más complicada de la ciudad. Las unas eran valientes, activas; las otras reflexivas é industriales. Trocaban sus fuerzas y sus cualidades. El sér superior en funciones se compone siempre de varios elementos. Abraza en su constitucion más riqueza.

La guerra es, pues, en esta época aun salvaje, una provocacion al progreso por medio de la violencia. Es la fuerza de la agregacion de las tribus: las arroja asustadas unas en brazos de otras sobre la colina, junta sus ideas y sus necesidades, multiplica sus cambios, sus industrias, é introduce así en la humanidad la division del trabajo. Este podia exclusivamente ablandar el metal, porque tenia á su puerta un hornero que modelaba para él el barro, y uno y otro podian cambiar de mano á mano sus productos; ese lleva con confianza á la ciudad los frutos de su campo y de su viña, porque está seguro de hallar un pueblo de compradores para sus géneros.

Cada familia no es ya una enciclopedia bárbara en accion de todas las industrias, obligada á edificar, á pulimentar la madera, á fundir el hierro, á tejer, á sembrar, á segar, á especular en una palabra con pocas manos todos los trabajos; cada uno puede elegir oficio y perfeccionarle por la práctica y la esperiencia, y trasmitir su descubrimiento al vecino, que le perfecciona á su vez y deja al recien llegado sus pro-

gresos. La ciudad se hace escuela mútua de todas las invenciones. La inteligencia varía, multiplicada por el contacto de la comunidad, como el calor por el contacto del rebaño.

La tierra lleva el signo del hombre y reconoce en él, intérprete divino encargado de completar la creacion. Cibeles hasta entonces en medio de los leones, bajo las sombras confusas del rayo, despide su feroz tiro, sacude de sus piés el polvo de la barbarie, sube la colina, y allí sentada en su nueva magestad, la mano en la cintura, la frente coronada de torres, mira con orgullo al porvenir.

La cuarta jornada de la humanidad iba á empezar.

CAPITULO VIII.

La ciudad, esa nueva figura en relieve de la humanidad adulta, traducia su crecimiento de existencia por la complexion de su organizacion. Edificada sobre un promontorio rudo, encima de un valle, estaba cerrada por un foso y por un círculo cuadrangular de muros gigantescos de piedra bruta, sin cimiento. La casa, cuadrada y cubierta de un terrado, se elevaba sobre los escalones de la colina como en anfiteatro. La calle estrecha y confusa pasaba ante las puertas en impenetrable laberinto.

Una esplanada coronaba esta pirámide de casas escalonadas, enterradas unas tras de otras como ciuda-